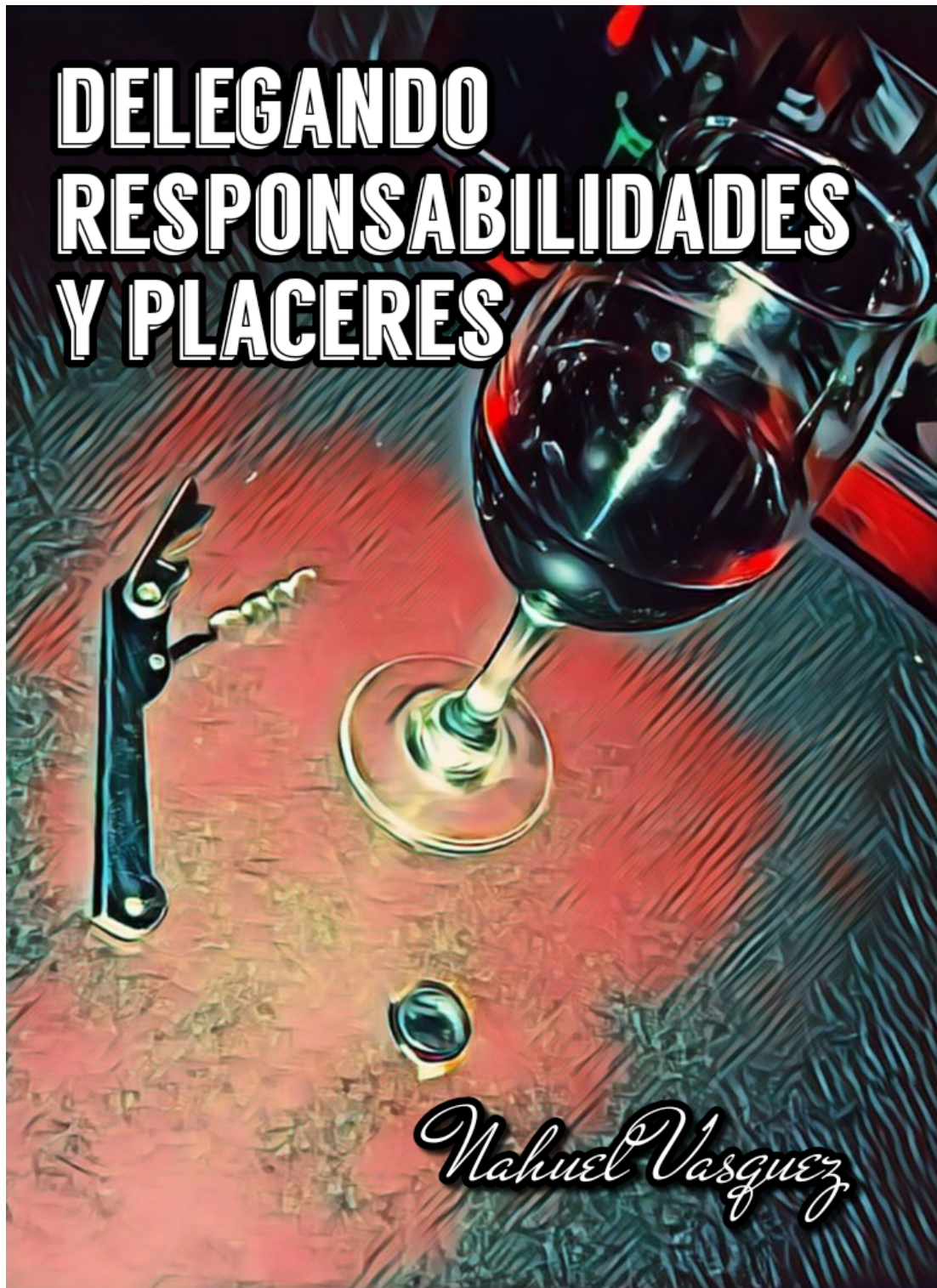


Delegando responsabilidades y placeres

Nahuel Vasquez



Capítulo 1

Delegando responsabilidades y placeres.

Otra noche más sentado en el living de este sucio departamento, me gusta decirle living al espacio que queda entre la mesa, donde suelo comer, y la televisión, en ese rincón donde coloqué un sillón que encontré tirado y restaure. Ese sillón barnizado, mi guitarra SG, que apoyo a su lado y verte mover la cola, con imparable frenesí al verme llegar, son las cosas que me hace sentir como alguien talentoso al final del día.

Esta especie de monoambiente y una copa de bonarda, noche por medio (esta es una de esas), son los pocos lujos que me puedo dar con lo que gano como ayudante de electricista. No es mal trabajo: se conoce mucha gente interesante, algunos artistas, las personas son amables cuando uno le devuelve la luz a su casa, sobretodo porque se quedan sin internet y tienen que charlar con sus insoportables familias. Todos agradecen los trabajos y la buena atención, menos los que viven en una gran casa, con sus grandes autos, sus interminables parquizados y sus livings bien definidos. A esas personas no les importa la amabilidad con que los tratas, ni la prolijidad y rapidez de la tarea realizada, siempre pero siempre lo encuentran caro. Menos mal que mi laburo no es negociar con los clientes, pero a mi jefe le arruinan la jornada, yo cobro por día mi sueldito de ayudante.

Nunca supe como pero junte para comprarme un auto, me hace falta para muchas cosas, por ejemplo: para ir a bares. Pero luego recuerdo que voy a poder ir, pero terminaré muerto en el transito al volver. El tránsito, como odio los embotellamientos, las personas desesperadas por llegar a sus miserables trabajos, o a llegar a casa a seguir mirando las pantallas de sus celulares ignorándose unos a otros. Era la mejor parte de depender del transporte público, que de los salvajes tras el volante se encarga el chofer. Mi parte es solamente ponerme los auriculares o leer algún texto y perderme por un rato, por una fracción del precio de viajar particular. Mirar por la ventanilla la ciudad y sus actores, con música de fondo, es una puesta en escena fantástica.

Me agrada mi ciudad, tiene muchos lugares turísticos, una gran cordillera, mucha noche y los mejores vinos. La mayoría de las personas son agradables pero la clase alta es un asco, se dan de puritanos y correctos, juzgando a todo mundo, impulsando leyes que atentan con las libertades de los demás y ellos son la peste más grande que puede tener la sociedad. Formada por algún político corrupto, un empresario sucio, un abogado inescrupuloso o el pastor de alguna iglesia. Las ratas menos grandes pero igual de dañinas son los que actuaban como ellos pero ni siquiera son de su clase, con mis disculpas a esos adorables roedores que viven toda su vida con culpa por comerse nuestra basura.

De nuestros desperdicios se encargan los actores más bastardeados de este melodrama: la gente sin comida ni techo. La mayoría de nosotros nos sentimos en paz y realizados por regalarle una bolsa de ropa vieja, algo que nos sobro de la cena o por clasificarles la basura. Esa gente tiene una voluntad de hierro, menos mal que hay asociaciones que los ayudan de verdad: manejan comedores, actividades culturales y asilo para los más necesitados.

En una de esas organizaciones trabaja Ana, una chica con la que me veo cada vez que discute con su pareja, para mi fortuna es bastante seguido. Su cabello largo, negro junto con sus ojos perfectamente colocados y sobre ellos sus interminables pestañas son el verdadero oasis en este desierto. Con ella puedo pasar horas sin aburrirme, me invita a salir a lugares nuevos, siempre tiene una historia, todo el tiempo llega algún necesitado al albergue y me cuenta como lo incluyen al grupo o sino como sus sobrinos demuelen la casa con sus travesuras...y además pasamos las mejores noches. Pero no podemos vernos más de tres días seguidos que ya nos hartábamos uno del otro, menos mal que ella tiene su pareja fija, siempre se arreglan y ese tiempo se olvida de mí. Ana me pide que colabore en el albergue, pero siempre estoy ocupado, así que les pido a Carla y a Pablo que le den una mano.

Ellos son una pareja amiga, desde hace muchísimos años, nos presentaron con Ana. Son: ecologistas, veganos, feministas, tienen la misma altura, la misma forma de ver las cosas y están llenos de vida, hasta parecen hermanos. Son unas personas que realmente admiro muchísimo, me invitan a las marchas que organizan y cada vez que puedo asisto, lamentablemente no es muy seguido. Me he profundamente replanteado hacerme vegano en un futuro, tienen tanta razón en sus argumentos y creo que me sentiría más humano. Si esta ciudad tuviese más personas como Carla y Pablo, y, obviamente, como Ana, sería mucho

más agradable vivir aquí.

Bueno, ya es tarde, Firulais, demasiado te he agobiado con problemas de personas, ustedes los perros con casas no deben preocuparse por estas cosas, a parte temprano me toca mi jornada de ayudante. Todavía me queda media botellita de bonarda, demasiado tinto para una persona. Mañana llamo a los chicos, les pregunto si quieren compartirla y terminársela por mí.

Nahuel Vasquez